

Estampas de África

Prisciliano Cordero del Castillo

Departamento de Sociología, Filosofía y Ciencias de la Educación. Universidad de León

(En memoria de Joaquín González Vecín, un amigo que luchó por la justicia y la libertad de los pueblos.)

VIAJE AL ÁFRICA PROFUNDO

Hace doce años una de mis hermanas se fue de misionera a Mozambique. Desde esa fecha he sido invitado reiteradas veces a visitar ese lejano país. Durante estos doce años siempre he estado buscando la ocasión propicia, pero al mismo tiempo siempre ha habido razones o he encontrado disculpas para ir posponiendo el viaje. Finalmente en el verano de 2003, después de un largo período de mentalización y una minuciosa preparación de vacunas y fármacos contra todos los males posibles e imaginables, me he decidido a hacer el recorrido inverso que hacen los de las pateras del Estrecho para conocer de cerca la realidad de la que huyen. Me acompaña en este viaje mi sobrino Jorge, viajero nato, que, después de Visitar América Central y haber sufrido y superado la malaria, está dispuesto a llegar al África más lejano, al África profundo.

Así pues, con las maletas repletas de ilusiones y preocupaciones, el día 16 de julio de 2003, a las 2:30 de la tarde, tomamos en Barajas el vuelo 1704 de la KLM que nos llevaría a Lilongwe, capital de Malawi, después de hacer escala en Ámsterdam, Nairobi y Lusaka. Un total de 21:30 horas de vuelo y aeropuertos y muchos miles de kilómetros de recorrido. Aunque es mucha la distancia geográfica, es aún mucho mayor la distancia socio-cultural que separa a la vieja Europa que dejamos en Barajas del África que encontramos al apearnos del avión en Lilongwe, a las 11,50 del día 17 de julio.

En Lilongwe nos estaban esperando con un todo terreno Asunción, Isabel y Pedro, misioneros de Fonte Boa, Mozambique. Una vez recogidas las maletas y cumplimentados todos los trámites de la aduana, comenzamos a recorrer los 45 kilómetros que separan el aeropuerto de la ciudad y que a mí me parecieron como una maqueta de lo que luego encontraríamos en estos países del Sureste de África: un campo de golf en medio de los mas absolutos sequeadales, unas urbanizaciones de lujo, muy reducidas y elitistas, iglesias de todos los credos a

ambos lados de la carretera y pallozas desparramadas por las laderas de las colinas, en la sabana o en el mato.

Al llegar a Lilongwe, nos encontramos con un tráfico caótico y la ciudad prácticamente colapsada. Las calles estaban tomadas por la policía y los controles eran continuos. Uno de los agentes de tráfico nos informó de que el Presidente de la Nación estaba asistiendo al funeral de un familiar en una iglesia de aquél área, por lo que estacionamos el coche y nos dedicamos a visitar un mercado de la madera al aire libre. Allí nos encontramos con unos catalanes que estaban recorriendo distintos países de África y con unas muchachas de Madrid que trabajaban de cooperantes en una misión de Malawi. Nosotros aprovechamos esta circunstancia para restaurar fuerzas y comer el plato típico de aquellas tierras: gallina o cabrito a las brasas. Una vez restablecidas nuestras fuerzas y el tráfico y sin tiempo que perder, nos pusimos de camino hacia Fonte Boa, pues aunque no es mucha la distancia, unos 180 kilómetros, la carretera está en muy mal estado y los trámites de las aduanas que hay que pasar son muy lentos. Por otra parte, la aduana de Mozambique se cierra a las seis de la tarde y podríamos quedar atrapados en tierra de nadie durante la noche.

Con el pasaporte en regla y el visado especial para múltiples entradas y salidas de Mozambique, que habíamos adquirido en Madrid por el módico precio de 90 \$, entramos finalmente en la excolonia portuguesa, la República de Mozambique. La carretera es muy mala, el todo terreno ralentiza su marcha y comienza a mostrarnos la realidad que domina todo el país: restos de casas coloniales portuguesas quemadas, *payotas* o casas de techo vegetal diseminadas por la sabana o el mato, campesinos caminando por la carretera con la azada al hombro, mujeres con los niños cargados a la espalda, cabras, perros, cerdos y niños por doquier. Esta es una de las primeras y más repetida estampa africana: las carreteras de Mozambique están habitadas, tienen vida propia. Como dice Mia Couto en su novela "Tierra sonámbula", "todo lo que pasa en Mozambique pasa en la carretera".

A las 5:30 de la tarde del día 17 de julio, después de dos días de viaje, llegamos a la misión de Fonte Boa, con tiempo suficiente para contemplar la primera puesta de sol en África, uno de los fenómenos más bello que se puede disfrutar en estas tierras.

LA MISIÓN DE FONTE BOA

En medio de la sabana de Angonia, a 15 kilómetros de Villaulongue, conocida por La Villa, la población más próxima que cuenta con luz eléctrica, agua y alcantarillado, hospital, farmacia y algún que otro comercio, se encuentra la misión católica de Fonte Boa, en la provincia de Tete y a 235 kilómetros al Norte de la capital del mismo nombre. La misión fue fundada en 1953 en unos terrenos que el Gobierno Portugués cedió a la Diócesis de Tete con el compromiso de crear una iglesia, una escuela y un hospital para atender a las pequeñas aldeas y a la población dispersa que se encuentra en la sabana angoní.

La misión de Fonte Boa, como la mayoría de las misiones católicas de Mozambique, comprende una iglesia, que en este caso es un salón multiusos, una escuela de estudios medios, con dos internados, uno masculino con capacidad

para 120 alumnos y otro femenino con 95 plazas, los dos completamente ocupados, y un hospital, con maternidad, sala de curas, despachos para consultas y un centro de desnutridos. Además cuenta con una residencia para misioneros, que aquí en Fonte Boa son PP. Jesuitas, y otra residencia para misioneras, que son Franciscanas Misioneras de la Divina Pastora.

La comunidad de misioneros, formada por dos sacerdotes, un hermano y tres estudiantes vocacionados, se encarga de la pastoral de dos parroquias, Fonte Boa y Msalasi, con una población no censada en torno a 35.000 personas y una extensión superior a los 7.500 kilómetros cuadrados. Los jesuitas también atienden el internado masculino y dan algunas clases en la escuela. La comunidad de misioneras, por su parte, la forman tres monjas españolas y una novicia mozambiqueña; ellas se encargan del internado femenino, de parte de las clases, del hospital, de la formación de mujeres mayores y colaboran en la pastoral parroquial. La misión cuenta también con otras infraestructuras y servicios, tales como una pequeña granja con vacas, cerdos, conejos y gallinas, un molino para moler el maíz y una huerta que trabajan una pequeña parte los mismos estudiantes del internado y el resto un pequeño grupo de empleados. Esta misión, como todas las restantes de Mozambique, en los años posteriores a la independencia, conseguida en 1975, fue nacionalizada, pasando a pertenecer al Estado todas sus instalaciones y propiedades, incluida la iglesia y las residencias de los misioneros. Muchos misioneros fueron expulsados del país, otros encarcelados y alguno, en los años más difíciles de la guerra civil, 1983-86, fue asesinado.

En 1992, gracias a la intervención de la Iglesia, los dos partidos enfrentados en guerra civil, FRELIMO Y RENAMO, firmaron la paz en el Vaticano y el Gobierno saliente de las primeras elecciones democráticas se comprometió a devolver las misiones nacionalizadas. En la actualidad ya ha devuelto las residencias de los misioneros, pero no las otras instalaciones, que hasta el día de hoy siguen perteneciendo al Estado, incluso las iglesias. No obstante, hoy las relaciones Iglesia-Estado son buenas y se da una plena colaboración entre ambas instituciones que beneficia el trabajo social, cultural, sanitario y pastoral que realizan los misioneros a favor de los más necesitados.

LA ALDEA DE MAGUAI

A menos de 10 kilómetros de Fonte Boa y por una vereda sin señalización alguna, que arranca de la carretera de La Villa a Biriwiri y se adentra en el mato escalando a un altiplano entre colinas, se encuentra la aldea de Maguai. Aquí tuve mi primer contacto con la dura realidad que vive la población rural de Mozambique.

Siguiendo la vereda mato arriba, la cercanía del poblado la anuncian la presencia de los campesinos, azada al hombro, yendo y viniendo de la *machamba* o pequeño huerto y las mujeres con sus fardos de leña cargados sobre la cabeza camino de la casa. Luego, a medida que se acerca uno a la aldea, la vereda comienza a estar habitada por cabras, perros, niños y cerdos, en este mismo orden y en similares proporciones. Tal vez los niños sean algunos más. Finalmente aparecen las *payotas*, dispuestas alrededor de una gran explanada

y adentrándose en el mato. A la entrada de la aldea hay un pozo-bomba, donde un grupo de niñas cargan cantaros de agua sobre sus cabezas.

Inmediatamente después de llegar a la explanada y una vez que fuimos avistados por la población, comenzaron a llegar niños de todas partes y a arremolinarse en torno a nosotros. Niños totalmente mimetizados con su entorno: cubiertos de harapos tan sucios y rotos como la misma tierra; barrigudos unos, ojerosos otros, pero alegres, juguetones y descalzos todos. La estampa siempre va a ser parecida en todas las aldeas: a la puerta de la payotas mujeres pilando el maíz, niños de pocos años cuidando o cargando a la espalda con otros niños de meses, y en derredor cerdos, cabras, gallinas y perros, muchos perros. En el centro de la gran explanada hay un mástil con la bandera de la República izada y nada más.

Así es la aldea de Maguai, sin calles, ni plazas, ni edificios que sobresalgan unos de otros; caracterizada solamente por la algarabía de los niños y el ladrido cansino de los perros. Bueno, y también por las tres cañas altas con banderas blancas que sobresalen por encima de la payota de Muidinga, el brujo más conocido de Maguai.

EL PROFESOR CHIRILO CHIMPIMA HA MUERTO

El Profesor Chirilo murió en la más absoluta soledad, después de una larga enfermedad. Era *doente* y *maluco* (enfermo y loco) a la vez. Padecía malaria, tuberculosis y demencia, no senil, pues tenía sólo 43 años, sino de una vida entera llena de contradicciones.

En su infancia fue sacado de la misión católica de Lifisi y llevado a estudiar a Rusia y luego a Cuba. Esta fue práctica común con los niños más avisados e inteligentes durante muchos años. A su regreso a Mozambique sirvió en el Ejército, donde ocupó altos cargos; pero, terminada la guerra, es apartado del Ejército y se refugia en la enseñanza de educación física. No sé por qué oscuras circunstancias el Profesor Chirilo vino a parar a la escuela nacionalizada de la misión de Fonte Boa. Aquí, cansado de la vida, separado de su mujer y después de haber perdido a su única hija, muerta de malaria a la edad de 7 años, entra en una profunda depresión y se refugia en un apartamento semi-abandonado del internado masculino de la misión. El día 22 de julio del 2003, después de unos días sin haber acudido a clase y sin saber nadie de él, el profesor Chirilo aparece muerto

A partir de este momento entran en juego las creencias y costumbres de su cultura tribal que lo dominan todo. Todo está encantado en Angonia y dominado por los espíritus de los antepasados, pero principalmente el morir y luego descansar para toda la eternidad.

La familia viene a la misión a recoger el cadáver y lo traslada, envuelto en una *capulana*, a su casa de origen en una pequeña aldea perdida en el mato cerca de la misión de Lifisi. Se ven obligados a hacer los preparativos con cierta urgencia, pues Chirilo podía llevar muerto unos cuantos días. Compran la caja en La Villa y hacen las provisiones para el funeral al que esperan que asista mucha gente, por lo que matan un cerdo y cocinan alubias y *masa* o harina de maíz cocido en abundancia.

En una pequeña payota de la familia se vela el cadáver. Allí acuden las mujeres, cubiertas sus cabezas con un pañuelo blanco y vestidas con *capulanas* de vivos colores. Cantan interminables canciones, rezan y lloran a coro en *chinhansa*, su lengua nativa. Mientras tanto, la familia invita a todos los asistentes a pasar a otra *payota* para *cumplimentar* comiendo en honor del profesor Chirilo.

Inmediatamente después de la comida comienzan las ceremonias fúnebres propiamente dichas. Preside los ritos el responsable religioso de la comunidad, un anciano de la aldea, que comienza pronunciando un panegírico sobre el difunto. Luego invita a los familiares, amigos y compañeros del profesor a hacer lo mismo. Intervienen los compañeros de la escuela con largos y emocionados discursos. Terminado este rito, comienza la marcha fúnebre hacia la sepultura, que se encuentra a más de un kilómetro en medio del mato, en una *machamba* de su propiedad. Allí, bajo un baoba, tótem de la familia, depositan su cadáver. El anciano bendice la sepultura y echa la primera palada de tierra sobre la caja; luego invita a todos los familiares a que continúen la inhumación, mientras que las mujeres, cubiertas con pañuelos blancos y *capulanas* de vivos colores, continúan cantando, danzando, llorando y rezando para que el profesor Chirilo Chimpima descanse para toda la eternidad protegido por la sombra del baoba.

Así se despidió al profesor Chirilo Chimpima, cristiano de Lifisi en su infancia, estudiante en Rusia y Cuba en su juventud, guerrillero de FRELIMO cuando volvió a su tierra, profesor *doente* y *maluco* en su madurez, hasta que el 22 de julio de 2003 se unió con los suyos a la sombra de un baoba.

DOLORES DE PARTO EN LA SABANA DE ANTONIA

La noche del 23 de julio de 2003 era una noche fría, estrellada y oscura, como son casi todas las noches de julio en Angonia. A las tres de la mañana unos golpes en la puerta de la misión despertaron a la hermana Isabel para que atendiera a una mujer que había llegado de parto al hospital. Es un cuadro difícil, pero no más que otros muchos que cada día y cada noche se presentan en el hospital de la misión, donde viene naciendo una media de 18 a 20 niños por semana.

La madre parturienta es muy joven, parece casi una niña. Lleva ya varias horas de parto, pero como el brujo de su aldea no ha podido ayudarla, la han traído a la misión en una carreta tirada por dos vaquillas. La criatura viene de nalgas. La madre se retuerce de dolor. La hermana Isabel no es capaz de extraer al niño que queda atrapado por la cabeza y que, al final, se *malogra*. "Si al menos tuviese la ventosa que me robaron cuando la guerra", se lamenta impotente la hermana. A la desesperada, a las cuatro de la madrugada la hermana Isabel coge el carro, un todo terreno Nissan, *estragado*, que pide a gritos un sustituto, carga a la parturienta y la lleva al hospital de La Villa, que se encuentra a 15 kilómetros de la misión, para intentar al menos salvar a la madre.

Esta noche, una vez más se oyeron gritos de parto en la sabana de Angonia y sólo encontraron respuesta, como eco repetido del dolor acumulado de siglos, en otros gritos ahogados y profundos de otras muchas niñas-madres parturientas y en las manos cariñosas e impotentes de la hermana Isabel, misionera pastorina de Muros, La Coruña, y enfermera directora del hospital de la misión de Fonte Boa. Una vez más se ha reproducido esa danza macabra entre

la vida y la muerte: una vida que nace a borbotones, descontrolada, de forma irracional, sin sentido, y una muerte que, de forma fatídica y en lucha agónica, trata de secar la fuente de la vida, venciendo a las madres parturientas y secando los brotes más tiernos de la sabana.

Mozambique tiene una de las tasas más altas de natalidad del mundo (nacen 200 niños por 1.000 habitantes al año) y al mismo tiempo las tasas más altas de mortalidad: muere un 10 % de las mujeres al dar a luz, existe un alto índice de SIDA entre los jóvenes y la mortalidad de los primeros cinco años de vida alcanza a cerca del 80 % de los niños. La noche del 23 de julio de 2003 una vez más se ha malogrado una "crianza" y gritos de parto se oyeron en la sabana.

CAMINO DE MUTARARA

La hermana Asunción, misionera pastorina de León y directora del internado femenino de Fonte Boa, dispone de unos días de vacaciones que va a dedicar para visitar a las compañeras misioneras que se encuentran por el Norte del país y para recorrer con los *alendos* o invitados algunas ciudades de Mozambique. Unos días antes de emprender el viaje, Asunción pide a Madgiomadgio, mecánico de la Misión, que revise y ponga a punto el Nissan todo terreno, mata una gallina para el primer día y hace todos los preparativos del viaje.

El día 25 de julio, Pedro, que haría de conductor o "motorista", Asunción, Jorge y yo, a las seis de la mañana, como hacen los mozambiqueños, nos echamos a la carretera y comenzamos la expedición que tantos quebraderos de cabeza nos iba a dar.

Después de la primera media hora de camino, pero a solo unos 30 kilómetros de la misión, nos damos cuenta de que el carro no marca los niveles de la gasolina ni del aceite, no cierran las ventanillas automáticas, no funciona la radio. Todo el sistema eléctrico está estropeado. Volvemos a Fonte Boa y vamos en busca de ayuda a casa del mecánico.

Despertamos a Madgiomadgio y este, después de una hora larga manipulando cables y quitando y poniendo piezas, al final consigue recuperar el sistema eléctrico del coche. Con cerca de dos horas de retraso sobre el horario previsto salimos nuevamente hacia Inhangoma, que se encuentra en la confluencia de los ríos Shire y Zambeze, a 485 kilómetros de Fonte Boa. Cuando ya habíamos recorrido unos cien kilómetros, hicimos una parada en uno de los muchos mercadillos que se forman en los cruces de carretera para comprar unas patatas y unas naranjas y llevar de regalo a los misioneros y misioneras que íbamos a visitar en nuestro recorrido. Al detener el carro y comprobar los niveles de gasolina y aceite, vimos que estaba bajo mínimos. Un conductor de *chiapa* o taxi-camioneta lo revisa y nos aconseja no continuar el viaje antes de reponer al menos el aceite.

Nos encontramos a unos 120 kilómetros de Tete, el puesto más próximo con servicio para carros y a 25 kilómetros de una de las fronteras de Malawi, donde posiblemente vendan aceite de coches. La situación para los *alendos* es desesperante. Providencialmente pasa por allí la hermana Lourdes, mercedaria de la leprosería de Encondezi, en un todo terreno de mejor pelaje que el nues-

tro. Al ver a la hermana Asunción se detiene para *cumplimentar*. Le contamos la situación y decidimos por unanimidad que Asunción y Lourdes vayan a la frontera. Pedro, Jorge y yo quedamos vigilando el carro en el mercadillo. Pedro y Jorge se animan a comer una ración de gallina asada. En mala hora, pues les traería fatales consecuencias y aligeramiento de pantalón. A mí no me ofrece ninguna garantía todo aquél tumulto de gentes, alimentos y cocinas a cielo abierto y prefiero no comer más que unas mandarinas.

Pasadas tres o cuatro interminables horas de espera, llegaron las hermanas con su particular tragedia: atravesar dos aduanas sin papeles, comprar con propinas a aduaneros y policías, pagar con dinero de Mozambique en Malawi, etc., para, al final, conseguir unas latas de aceite que nos permitirían continuar el camino.

Es hora de comer. Estamos cansados y casi desanimados a continuar nuestro viaje. Comemos unos plátanos y unas empanadillas, revisamos nuevamente el carro y continuamos el camino, pues nos quedan muchas horas de carretera para llegar a Inhangoma y no queremos viajar de noche. Recorreremos unos 50 kilómetros más y llegamos al cruce con la carretera de Mutarara. Aquí tenemos que dejar la carretera de Tete y coger la que nos conduce a Inhangoma. Antes de adentrarnos por aquel camino de tierra batida queremos saber cómo sigue el carro. Nuevamente comprobamos que el depósito del aceite está totalmente vacío.

Pedro pregunta por un mecánico y, afortunadamente, le hablan de uno que vive a unos kilómetros del lugar. Mientras esperamos por el mecánico unos niños se acercan a nosotros para vendernos *espetos de rato*, una especie de pinchos morunos hechos con ratones asados a la brasa, listos para comer. ¡Era lo que nos faltaba, ratones asados para comer!

El mecánico da inmediatamente con la avería: se trata del conducto del aceite que va desde el depósito hasta el motor. Está *estragado*. Intenta repararlo, pero no tiene herramientas. Hace un pequeño arreglo por el que nos cobra 200.000 meticaes, el equivalente a 8 euros, y nos aconseja dejar el viaje de Inhangoma y continuar hasta Tete para llevar el carro a un taller. No cree que resista mucho su chapuza.

Habíamos salido a las 6 de la mañana de Fonte Boa y son las cinco de la tarde cuando llegamos a Tete, después de recorrer 235 kilómetros y una serie de aventuras. Estamos cansados y casi pensando en abandonar el viaje. Yo soy uno de los más desanimados, pues lo único que hemos visto durante 11 horas de viaje son las carreteras de Mozambique que, como dice Mia Couto, es donde pasa todo lo que pasa en Mozambique, pero generalmente no pasa nada.

En Tete, nos hospedamos en la casa de las Pastorinas y a la mañana siguiente, muy de mañana, llevamos el carro al taller de un musulmán que es muy carero, pero, como dice la hermana Henar, pastorina de León, es de toda confianza. En el taller desmontan casi por completo el carro hasta que encuentran la avería, que es bastante mayor de lo que nosotros creíamos. Hay una pieza rota, que tendrán que pedir a Maputo, pues en Tete no la encuentran, por lo que tardará en llegar unos días.

Ante el desconcierto que nos produce la noticia, el musulmán nos dice que, para que podamos continuar el viaje, él nos puede hacer una reparación provisional, es decir otra chapuza, que nos permita viajar unos días. Por esta reparación provisional-chapuza nos cobró 800.000 meticaes. ¡Sale caro viajar por las carreteras de Mozambique en carro de monjas! Pero, ¡qué le vamos a hacer! Ya lo decía mi padre: “Bollo de monja, carga de trigo”

A las 3:30 de la tarde del día 26 de julio salimos de Tete, desandamos los 80 kilómetros que hay desde Tete hasta el cruce con la carretera de Mutarara y emprendemos nuevamente el viaje a Inhangoma. Por la nueva carretera – senda - camino carretal comenzamos a disfrutar de un paisaje típicamente africano: atravesamos muchas aldeas rebosantes de niños, perros, cabritos y cerdos en torno a las *payotas*; nos cruzamos con bandadas de papagayos, con algunos mandriles y, a un lado y otro de la carretera, con los míticos baoba, árboles de base amplia, con ramas corpulentas y carentes de hojas, como gigantes de pelambrea desgredada. Y así kilómetros y más kilómetros.

Al llegar a la aldea de Doa paramos a comprar unos refrescos en la tienda de un portugués, conocido de los misioneros y uno de los pocos que se atrevió a quedar en Mozambique después de la independencia. Unos kilómetros más adelante de Doa hacemos un alto para estirar las piernas y recuperar fuerzas. Tenemos para comer gallina, una tortillas de patata que nos había preparado la hermana Henar en Tete, plátanos y cocacola. Antes de terminar las viandas ya estábamos siendo observados por un puñado de niños desde lejos. No se atreven a acercarse a nosotros; se esconden detrás del *capín*. Les dejamos unos plátanos y unas cocacolas al pie de un baoba. Inmediatamente después de arrancar el carro, por el retrovisor pudimos ver cómo cuatro o cinco niños salieron del mato y recogieron y devoraron el pequeño botín.

Nosotros, de cara a la noche, seguimos haciendo kilómetros y pasando las horas por aquella carretera que de vez en cuando se convierte en vereda, en barranco o en lecho de río, afortunadamente sin agua. La tarde avanza, el sol vuelve a regalarnos uno de esos atardeceres que solamente se ven en África y a las 5:40 se oculta definitivamente tras una montaña. Inmediatamente después llega la noche. Seguimos con el todo terreno votando en medio de la oscuridad por aquella carretera maldita, que tiene más socavones que superficie llana. Es una noche oscura, estrellada, solamente interrumpida por algunas lenguas de fuego parpadeante que se dejan ver en medio del *mato*, previsiblemente al lado de *payotas*.

Finalmente, a las 8:30 de la noche, después de coronar una colina, a lo lejos se divisan las luces de la villa de Mutarara que, al acercarnos, se reflejan en el río Zambeze. De aquí a Inhangoma solo nos quedan 15 kilómetros. Nos relajamos, pedimos información para salir de la villa y a las 8:55, después de dos días de un largo y accidentado peregrinar, llegamos a la misión con un día de retraso sobre el horario previsto. Pero, no hay que apurarse, pues estamos en Mozambique y aquí las cosas son así.

FIESTA EN INHANGOMA

Las vías de comunicación en Mozambique son muy malas y, en muchos lugares, inexistentes. Por ejemplo, de Fonte Boa a Tete, la capital de la provincia,

no hay forma humana de comunicarse, a no ser que el mensajero vaya personalmente a llevar el mensaje; cuanto más desde una población pequeña a otra, como nos sucedió a nosotros con los misioneros de Inhangoma, a quienes tuvimos que avisar de que llegábamos con dos días de retraso sobre lo previsto a la misma hora de la llegada, después de dos días de camino.

Entre estas poblaciones, como entre la mayoría de las poblaciones del país, no funciona el teléfono, ni ningún otro sistema de comunicación rápida. Por esto, cuando llegamos a Inhangoma nadie nos esperaba, después de haber estado dos días esperándonos y preocupados por si nos había pasado algo. Pero, al sonido de la bocina del carro se abrieron las puertas de la misión en medio de la noche y se terminaron nuestras preocupaciones y las de ellos.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando aún no nos habíamos recuperado del cansancio de los días anteriores, se oyó un revoloteo en el gallinero y comenzaron a sonar las cacerolas en la cocina. La hermana Lola, directora del hospital de la misión, y la hermana Isabel, directora del centro escolar, misioneras pastorinas de Ciudad Real y de Vitoria respectivamente, que componen toda la comunidad de misioneras de Inhangoma, nos estaban preparando una fiesta de bienvenida con gallina y *moa*, una especie de aguardiente hecho de maíz fermentado, incluido.

Nos desperezamos, desayunamos y a continuación visitamos las instalaciones de la misión. Las misioneras nos hablan de sus muchos e interesantes proyectos. De entre ellos nos llama la atención la ampliación de las instalaciones del hospital y la creación de un centro para niños desnutridos. Pero el proyecto estrella es la construcción de cien casitas para las familias más pobres de la zona. Todas ellas se van a construir dentro de los terrenos de la misión y ya cuentan con la colaboración de un joven arquitecto madrileño que está pasando el verano con ellas y trabajando de forma voluntaria en los proyectos. ¡Lo que pueden llegar a hacer dos monjas emprendedoras en tierra de misión con las ayudas y cooperación que les llega de España!

Después de comer, dimos un paseo hasta el río Shire, que atravesamos en canoa, con peligro de nuestras vidas, pues nos informaron los barqueros de que en aquella zona había muchos cocodrilos. Visitamos un poblado en la falda de la montaña de Murrumbasa, provincia de Zambesia. La impresión más profunda y duradera fue la de una madre con seis u ocho hijos, todos de corta edad, todos desnudos y con signos de mala alimentación, pero todos jugando en un paraje de extraordinaria belleza.

De vuelta a la misión, visitamos la aldea de Inhangoma, que difiere poco de las aldeas de Angonia: payotas, mucha miseria, cabras, niños y perros alrededor.

El día 27, por la mañana temprano, eran las seis de la mañana, salimos camino de Beira, pasando por Murrasa para visitar otra misión y a otras misioneras pastorinas españolas. La misma estructura: iglesia, escuela y hospital; el mismo número de monjas en la comunidad, una encargada del centro escolar y otra del hospital; unas cuantas hectáreas de terreno y varios operarios trabajando a *ganho ganho*, o trabajo por horas. El servicio que los misioneros están

prestando a Mozambique, principalmente en el campo educativo y sanitario y en las zonas más apartadas, es extraordinario y digno de todo reconocimiento.

En Murrasa nos entretuvimos solamente unos minutos para tomar un café, visitar las instalaciones de la misión y felicitar a las HH. por su trabajo. Subimos de nuevo al carro para hacer más kilómetros camino de Beira. Ahora afortunadamente por una carretera recientemente inaugurada. Tal vez sea la mejor carretera de todo Mozambique. En todo ese trayecto solamente paramos dos o tres veces para hacer unas fotos a unas manadas de mandriles que estaban sentados en las cunetas de la carretera viendo pasar los coches o atravesaban de un lado a otro buscando su alimento en medio de la foresta.

Después de muchos kilómetros, paramos a comer la consabida gallina o el cabrito a las brasas con arroz y masa, plato nacional de Mozambique. Fue plato único, sin postre ni café, ya que, según nos dijo el mesonero, es la costumbre. Tampoco nos pusieron servilletas, pues se le habían terminado, aunque era el mejor restaurante que encontramos en la carretera camino de Beira. Terminada la suculenta comida volvimos a la carretera y después de recorrer muchos más kilómetros por medio del mato, a las 4 de la tarde llegamos a la ciudad costera de Beira, la segunda ciudad en importancia y la que más recuerdos conserva de los tiempos coloniales y de los años de la guerra. Antes de entrar en la ciudad nos detuvimos en un mercado de pescado a la orilla de la carretera. Pedro, conocedor de todo este mundo de pobreza, marginación y trapicheo, nos recomendó comprar camarones del índico y toda clase de buen pescado a mejor precio. Finalmente, a las 5 de la tarde llegamos a Beira, donde nos esperaba Víctor, portugués de origen, pero misionero desde hace muchos años en Mozambique.

La estancia en Beira nos sirvió para descansar de las largas caminatas de toda una semana y también para disfrutar tranquilos de esta bella ciudad. Por la noche fuimos a cenar a un restaurante portugués al pie del mar. La comida en Beira para ser buena debe ser de mar, de los muchos productos que el Índico les da. Al día siguiente, por la mañana, Pedro, Jorge y yo nos fuimos a una de las muchas playas de Beira, atravesando la desembocadura del río María en canoa. Un peligro añadido y una aventura más a las que nos tiene acostumbrados Pedro, a quién no le meten miedo ni los cocodrilos del río María, ni los tiburones del Índico, aunque, como nos dicen los lugareños, unos y otros abundan en estos lugares.

El día uno de agosto, de madrugada, salimos para Tete, última etapa de nuestra gira antes de regresar a Fonte Boa. La carretera es bastante buena, comparada con la de Murrasa a Inhangoma, aunque es muy solitaria durante kilómetros y kilómetros en medio del mato y de grandes extensiones de sabana. Estamos interesados en ver animales salvajes, pero solamente encontramos muchas manadas de mandriles, papagayos y algún reptil atravesando la carretera.

Ya cerca de Tete, entramos en Changara para visitar al padre Alberto, misionero catalán que lleva cuarenta y dos años en Mozambique. Nos recibe con los brazos abiertos, nos prepara una taza de café de su huerta y nos regala con sus recuerdos de las mil y una peripecias que vivió durante los largos años de

la guerra. Estuvo secuestrado durante un tiempo, pero no se queja del trato recibido por parte de los secuestradores. Sólo se lamenta de que le cerraron el hospital, la escuela y la iglesia durante unos meses y de que a su vuelta a la misión la encontrara semidestruida.

El mismo día uno de agosto a las 5:30 de la tarde llegábamos a Tete rendidos, después de más de 800 kilómetros de recorrido. En Tete nos detuvimos una noche para descansar y al día siguiente salimos para Fonte Boa. A la llegada nos estaba esperando una triste noticia. Habían comunicado de España que uno de nuestros familiares había muerto hacía unos días. Se trataba de Antonio Santamaría, que había sufrido un infarto fulminante. Ninguna otra cosa se podía hacer, más que ofrecerle nuestros rezos.

LA MUJER DOENTE DE MAGUNBO

El 2 de agosto la hermana Josefa me invitó a dar un paseo hasta Magumbo, una aldea próxima a la misión de Fonte Boa. Inmediatamente, sin darle tiempo a cambiar de opinión, tomo la cámara de video y nos ponemos en camino o, mejor dicho, en vereda, pues esta aldea no tiene otro acceso que las múltiples veredas de entrada y salida que hacen las gentes y las cabras al recorrer los parajes vecinos.

Cuando estábamos llegando al poblado comenzaron a aparecer niños que llagaban de todas partes. Como siempre vienen descalzos, mal vestidos, riendo, jugando y hablando en alta voz en su lengua nativa, el chinchansa. Uno de ellos, al vernos grita *iazungos, azungos!* (blancos).

La hermana Josefa me presenta a una familia conocida suya, que se encuentra a la puerta de la payota y que está compuesta por la abuela, una señora de edad indefinida, paralítica desde hace años, sentada en una estera en el suelo; la hija de ésta, que pila el maíz para llevarlo al molino y cuida de sus seis hijos de entre uno y ocho años; y el padre de cuatro de los niños, que, sentado en una estera, está rematando una especie de cesta de mimbre.

Seguimos por las veredas del poblado visitando *payotas*. Las gentes nos invitan a acercarnos a sus casas y dos mujeres jóvenes y de buen porte, que se encuentran pilando maíz, me piden que filme su trabajo. Mientras tanto los niños acuden en tropel, nos siguen a todas partes y se meten delante de la cámara para salir en la foto.

Esto ha sido mucho más de lo que yo esperaba. Una vez roto el miedo y un cierto pudor, me pongo a filmar con plena libertad por las semicallejuelas del poblado. Los niños danzan delante de la cámara; unas mujeres que vienen del molino o de la *machamba* con sus fardos en la cabeza posan para mí satisfechas. Pero todavía habría una sorpresa mayor. A la puerta de una *payota* un niño llora desconsolado. La hermana Josefa se acerca a él y le da unos caramelos. El niño entra en su casa, la hermana le sigue y me hace de señas para que la acompañe al interior de la *payota*. Me acerco con la cámara, entro y me encuentro con la siguiente estampa africana: una mujer sentada en el suelo sobre una estera, cerca de unas pajas humeantes en el centro de la *payota*. Es una mujer joven, de rostro sereno, agraciado, con unos ojos negro azabache, rodeados de un campo infinito de blanco terrado. La saludo en chinchansa:

"*Mulu bwanchi*" (Cómo está Vd.?). Ella intenta esbozar una sonrisa, al mismo tiempo que muestra, como un collar de perlas, su blanca dentadura y me responde: "*Ndiri Bwino*" (muy bien, gracias). Agoto mis conocimientos de chinhanza y prosigo: "*Zikomo Kwanbiri*". Ella agradecida, sosteniendo el esbozo de sonrisa y sorpresa a la vez, me contesta de nuevo "*Zikomo, zikomo*". Pero su rostro vuelve de inmediato a esa expresión de resignada fatalidad, de mujer agredida en su intimidad por un "*zungo*", de mujer *doente* con rostro sereno y agraciado, con ojos negros azabache y aterrada de dolor. Sus ojos, como campo infinito de blanco terroso, desde lo más profundo de la *payota* se me han clavado en el alma. Es una mujer enferma de sida de la aldea de Magumbo; es la mujer africana que yace sentada en el centro de su *payota*, rodeada de sus hijos, sin otro consuelo que los caramelos de la hermana Josefa y el saludo de un "*zungo*".

MI NOMBRE ES MULAMBO MADGIOMADGIO

Pobre "*Maputo*", no había cumplido su primer año de vida. Era negro con ojos pizpiretos, cariñoso y juguetón. *Maputo* era un cachorro sin clase, hijo del cruce de no sé cuantas razas de perro, pero era el regalo que les habían hecho a Joanna y a Carlos, joven pareja de cooperantes portugueses, cuando llegaron a Mozambique. De aquí el nombre con que le bautizaron.

Joanna y Carlos, después de pasar unos días de adaptación en *Maputo*, capital de la República de Mozambique, cargados con sus maletas y su mascota "*Maputo*", toman el machibombo o autobús y parten para la Misión de Fonte Boa, que se encuentra a 2800 kilómetros al norte del país. Allí pasarán dos años de trabajo voluntario. Joanna ha cogido cariño a "*Maputo*" y lo convierte en su mejor amigo; pero los otros perros de la Misión no están dispuestos a compartir las migajas con un intruso y a los pocos días de su llegada a Fonte Boa le declaran la guerra y, todos a una, le atacan, le agraden gravemente y le dejan casi inválido de las patas traseras.

Carlos y Joanna acuden con él al veterinario de La Villa, que le cura las heridas y al mismo tiempo le diagnostica y le pone en tratamiento de otros males: "*Maputo*" tiene lombrices y parásitos. Joanna lo cuida, lo alimenta, lo mimaba, pero todo es inútil. "*Maputo* casi no puede andar y no es quién de poner peso. Lo único que le hace ser querido es que él, en medio de sus desgracias, intenta jugar y ser complaciente con todos. Cuando te ve, se acerca y se echa a tus pies; si le acaricias, te lame las manos y te saluda con movimientos de la cola entre sus patas rotas. Así, poco a poco, se ha ido convirtiendo en la mascota de toda la Misión, desplazando de este lugar a la "*Chica*", un macaco fémina que tiene Pedro entre sus gallinas, conejos, tortugas y cabras.

Un día *Maputo* apareció triste, babeante, postrado. Carlos y Joanna sospechan que haya sido envenenado. Tratan de animarlo dándole de comer a la boca, dispensándole toda clase de cuidados. Pero *Maputo* no reacciona; al contrario, sigue empeorando. Deciden llevarlo de nuevo a La Villa y el veterinario le diagnostica la rabia. *Maputo*, sin haber llegado a su primer cumpleaños, tiene que morir.

Al dolor de la pérdida se añade la preocupación. Carlos y Joanna tienen que vacunarse contra la rabia por precaución. En todo Mozambique no encuen-

tran la vacuna. Así que, sin demasiados preparativos y sin tiempo que perder, se van a Nctheu, la ciudad de Malawi más próxima a Fonte Boa, donde hay un hospital bastante bien equipado. Les acompañan Jorge y el mecánico de la Misión, Sr. Madgiomadgio. En la frontera de Biriwiri, del lado de Mozambique, tienen que registrar la salida del carro, del conductor y de los acompañantes, para obtener la autorización o permiso de salida, y en el lado de Malawi les tomarán de nuevo los mismos datos para concederles el permiso de entrada y residencia por 48 horas.

Con los papeles en regla, una vez pagadas las respectivas tasas, llegan al hospital de Nctheu. Allí les dicen que para administrarles la vacuna tienen que llevar un certificado del veterinario de Mozambique que acredite la enfermedad del perro y su posible contagio. Con la rabia contenida y la lógica preocupación vuelven a Mozambique para regresar al día siguiente.

De vuelta en la Misión, al día siguiente de madrugada van a La Villa por los certificados oportunos y vuelven a Malawi. Este día Madgiomadgio no puede acompañarles y me piden que ls acompañe yo. En la aduana de Mozambique reconocen al carro y al conductor y nos dejan pasar con los papeles del día anterior. Pero en la aduana de Malawi nos piden nuevamente que nos identifiquemos cada uno de los ocupantes del carro. Yo en ese momento me veo obligado a ocupar el puesto y nombre del mecánico y paso a llamarme Mulambo Madgiomadgio. Me piden el pasaporte, lo registran minuciosamente y me dicen: ¿Cómo dice Vd. que se llama? Contesto con rotundidad: Mulambo Madgiomadgio. Pues en el pasaporte tiene otro nombre, me dice el aduanero. Sí, le contesto, ese es mi nombre en España, pero en Mozambique me llaman Mulambo. O.K., está bien, pero qué complicados son Vds. con los nombres.

A los pocos minutos llegamos al hospital de Ncyheu. El Director del Centro Distrital está reunido con el personal médico y no nos puede atender hasta que no termine el *meeting*, nos dice una enfermera. Esperamos en el "*waiting room*", un espacio al aire libre con bancos de cemento y unas plantas de mango para dar sombra. La espera se hace interminable. Recorremos algunas otras dependencias a cielo abierto: la sala de consultas de prenatal, la sala de peso para niños desnutridos, etc., todas ellas abarrotadas de madres con niños enfermos.

Finalmente vemos que comienza a salir gente con batas blancas del "*meeting room*": Nos acercamos y nos presentamos al director que nos atiende amablemente y expide un certificado para que un subalterno acompañe a Carlos y a Joanna a la farmacia para adquirir las vacunas. Un enfermero les administra la primera dosis y les hace un calendario de las fechas en que deben volver a vacunarse, comenzando por el próximo sábado, día 16 de agosto, para terminar en diciembre. En total cinco dosis distanciadas de forma progresiva. El subalterno, que aún nos acompaña, insiste a Joanna y a Carlos en la necesidad de observar rigurosamente el calendario prefijado para las futuras vacunas. "Vds. son responsables, les dice, de todo lo que les pueda pasar, incluida su muerte, si no observan rigurosamente las fechas establecidas para cada vacuna".

Hechos todos los trámites exigidos, nos queda solamente pasar por la secretaría del centro para estampar y validar todos los documentos que les han

entregado, incluido el calendario de vacunas. Cuando Carlos se despide del personal de la secretaría hasta el próximo sábado, el jefe del servicio le advierte que los sábados no atienden, pues la farmacia y muchos otros servicios están cerrados. Carlos, visiblemente contrariado, les muestra el calendario que le han entregado. Joanna, con cierto nerviosismo, les dice que les han hecho responsables hasta de su propia muerte en caso de no observar las fechas establecidas. No hay problema; vuelvan el jueves siguiente, les dice el que aparentemente actúa de jefe del servicio.

Otra vez la preocupación, la duda y hasta la rabia a flor de piel nos acompaña a toda la comitiva. En la frontera de Biriwiri, camino de Fonte Boa, los aduaneros de Malawi nos despiden con una sonrisa cómplice diciendo "good by, Mr. Mulambo".

IMPRESIONES Y REFLEXIONES SOBRE MI VISITA A MOZAMBIQUE

No hay un pueblo africano, sino que existen muchos pueblos en África, como tampoco hay una cultura en Mozambique, sino que coexisten muchas lenguas, culturas y pueblos en esta gran nación. Por esto mis Estampas de África son propiamente vivencias en un rincón de África, en Angonia, al norte de Mozambique, y durante un tiempo muy limitado, el verano de 2003. Ello me obliga a reconocer la parcialidad y subjetividad de cuanto hasta aquí he dicho. Sin embargo, la visita a este país surafricano, lejano, desconocido y hoy amigo, me causó profundas impresiones y graves reflexiones. He viajado por muchos países del mundo, he visitado países ricos y pobres, desarrollados, subdesarrollados y en vías de desarrollo, pero ninguno me ha marcado tanto como Mozambique. África ciertamente engancha.

Por todo ello, quiero terminar estas Estampas de África haciendo una especie de resumen de las impresiones más profundas que he recibido y de las reflexiones que estas vivencias me han motivado. Al mismo tiempo quisiera que este último apartado fuese un reconocimiento para las gentes angonas de Mozambique, para su cultura y su plena liberación aún no resuelta, y un agradecimiento para los misioneros y misioneras que allí trabajan, por lo mucho que me han enseñado.

La primera y más profunda impresión que recibes al llegar a Mozambique es esa lucha agónica que mantiene la vida frente a la muerte. Una vida que aflora por todas partes, que brota a borbotones, de forma incontrolada, totalmente irracional, y una muerte igualmente irracional, que está presente en todas las familias, que diezma a los niños al nacer, que mata a las madres en el momento del parto y que afecta a toda la población en general bajo las plagas del hambre, la malaria, el sida y otros males en proporciones alarmantes.

Ante esta trágica realidad piensas que es necesario hacer algo, exiges que el Estado y todas las instituciones del signo que sean, que trabajan en Mozambique, aúnen esfuerzos para racionalizar la procreación, dominar las causas de la mortalidad y favorecer el desarrollo socioeconómico y cultural.

Otra escandalosa impresión procede del grado de pobreza y subdesarrollo en que viven muchas de sus gentes. Después de unos días de convivencia con gentes del campo y de los suburbios de las ciudades, después de interesarte

por sus problemas y compartir sus inquietudes y necesidades, puedes intuir las grandes limitaciones que tienen para salir de esa situación de subdesarrollo y miseria en que se encuentran. No tienen instrumentos de trabajo, por lo que se ven forzados a cultivar sólo lo necesario para una mera subsistencia. No tienen carreteras ni medios de transporte que les faciliten el comercio de los sobrantes, en caso de que les hubiese. No tienen regadíos que les liberen de las pertinaces sequías, cada vez más frecuentes, aunque tienen el río Zambeze, que arroja más metros cúbicos de agua al Índico que todos los ríos de Europa juntos. Les faltan infraestructuras, equipamientos y servicios, y también un poco de iniciativa privada.

El desarrollo llegó a Europa después de al menos cuatro revoluciones: la revolución francesa, la industrial, la urbana y éstas precedidas y acompañadas por la revolución cultural: la ilustración y el racionalismo. Mozambique y toda África en general han necesitado primero de una revolución contra la colonización y sus sistemas de explotación. Pero, una vez conseguida la independencia, Mozambique necesita ahora una revolución cultural que libere a sus gentes del encantamiento de sus tradiciones y costumbres, del peso que siguen ejerciendo sobre ellos sus culturas ancestrales, su culto a los espíritus y a sus muertos. Sé que a los mozambiqueños no les gusta desencantar sus vidas y su naturaleza, dejar dormir en paz a sus muertos. Pero no tendrían que preocuparse tanto del pasado y comenzar a preocuparse más del presente y del futuro.

Yo espero y deseo que la iglesia misionera mozambiqueña, libre de las ataduras que le supuso el haber llegado con el poder colonizador y aleccionada por el triste papel que jugó la iglesia romana en las distintas revoluciones europeas, sepa ponerse al lado de los más débiles, que en Mozambique son la inmensa mayoría, y ayudarles a hacer las revoluciones necesarias para conseguir su desarrollo y liberación.

Otra de esas profundas impresiones que recibes al llegar a Mozambique y que te acompaña por todo su territorio es el rechazo a todo lo que recuerde el colonialismo y la sumisión. Toda colonización ha supuesto sometimiento de los pueblos colonizados a los colonizadores; pero algunos sistemas coloniales han sido especialmente explotadores y represores. Esto es lo que sospechas que pudo haber sido la colonización portuguesa durante cerca de quinientos años en Mozambique, al contemplar los restos de las grandes mansiones coloniales, quemadas y derruidas, rodeados de las payotas, humildes y primitivas viviendas de los nativos. Pero sientes aún mayor rechazo de todo colonialismo y más ansias de libertad para todos los pueblos y sus gentes cuando ves las huellas que han dejado los muchos siglos de dominación colonial. Te escandaliza ver como los trabajadores de *gahno gahno* se arrodillan ante el patrón blanco cuando van a cobrar su jornal. Igualmente te molestan las muchas reverencias y ceremonias con que se dirigen a los blancos cuando van a pedir trabajo o cualquier otra ayuda.

Espero y deseo que Mozambique consiga un rápido e igualitario desarrollo socioeconómico para todo su territorio y un lento y seguro cambio cultural que le ayude a liberar a todas sus gentes.

León, 23 de diciembre de 2004